

México, D.F., a 9 de Septiembre de 1955.

Sr. don Antonio Acevedo Escobedo
Pachuca 104-9,
C i u d a d.

Estimado amigo:

Comprendo ahora, una vez leída de un gran sorbo su obra, la resonancia que suscitó en don Mariano Picón-Salas, la simpatía profunda que una creación artística, si sabe ser justa y noblemente nostálgica, puede conquistar.

! Gracias le sean dados a sus ceñidos y serenos "Días de Aguascalientes"! Les debo, minuto a minuto, tipo a tipo, melancolía a melancolía, un fresco retorno imaginativo a la que fuera mi atmósfera provinciana, mi enmudecida y cercenada caraca la malagueña. En el vaho del ayer humoroso -que establece una nueva afinidad, más sutil, más entera- sobrenada una plaza sombría, poblada de altos árboles senectos, en alinación pareja a su cuadratura inexorable, rodeados, en un aire de siesta, por los venerables coches de punto, de capotas carcomidas y agujereadas, de caballos escuálidos, a lo Zuloaga.

La llamaban -cuando aún en España se bautizaba con cierta propiedad- de la Merced o de Riego. El primer nombre tenía seguramente una intención religiosa, como una manda descomunal a la Virgen. O, en mi arbitraria conjetura, significaba, -ridícula precocidad filosófica que me ruboriza- esa voluntad superior que se ocupa en gobernarnos: vivimos a "merced" de....

En cambio, la segunda denominación era bien concreta, y encarnaba muy distinta inquietud. Evocaba a uno de los jefes más populares del liberalismo ochocentista: declamatorio, --

torpe y vulgarmente legendario. Para subrayar tal carácter elevábase en el centro de la plaza el obelisco a Torrijos, impotente testigo de los excesos retóricos a fecha fija, al cumplirse el aniversario del fusilamiento de un grupo de románticos demócratas, en la playa donde acababan de desembarcar, creo que la de San Andrés, según nos mostraba, con profusión de pormenores al óleo, un famoso cuadro, reproducido a voleo y en el que un chiquillo al que habían vendado los ojos los "fernandinos", antes de asesinarlo, indudablemente para no soportar su mirada, constituía la nota conmovedora.

Allí, en aquella plaza, amigo Acevedo, fumé ese cigarrillo que nos abre la puerta de todos los actos clandestinos, sufrí a los 14 de edad el espejismo de una vocación mística y, más tarde, barrunté, apasionadamente, hiperbólicamente, que la causa de la República española me reclamaba. No faltó tampoco, bajo su palio verdiboscuro, el bisbiseo de los únicos versos de que he sido culpable y que inspiró -para variar- una figurilla femenina que me sometía, desde su constante endiosamiento, a un temblor que, por su intensidad pueril, califico hoy de cósmico.

Naderías. Sin embargo, ¡cuán hondamente nos hacen vibrar, cómo nos parece indispensable que hayan existido!

Disculpe esta humilde remembranza, promovida por su bello libro. Merecía un eco de mayor rango, en correspondencia al magisterio de amabilidad, cordial ironía y pulcro estilo, -culto, castizo, jugoso- que Ud. nos regala y que representa un sedante en el fárrago y tráfico actuales, de nylon y neón, paisajes fabricados, -casas sin alma y hombres ayunos de amistad e intimidad.

Sus "días de Aguascalientes" hacen pensar que sólo podemos ser universales si mantenemos pura la raíz local, la voz de nuestro amanecer. Vale la pena reivindicar los valores que Ud. conjura y que reintegran a las cosas y a los seres / sentido inmediato.

Calor entrañable que nos acerca a los anchos mares y a los vastos -
cielos.

Un niño tímido y fervoroso, cedazo de artística percep-
ción y con lúcido amor al prójimo, sembró en sí mismo las inefables
semillas de sus "Días de Aguascalientes". Otro chaval paseaba, por-
entonces, la malagueña y española Plaza de Riego, en diálogo con sus
sueños y quimeras, ignorante de que, en una emoción futura, iría a -
fundir, al cabo del tiempo agridulce y de los broncos azares, momen-
tos tan separados en la superficie mas tan fraternos en la esencia.

Reciba un saludo muy cordial, un saludo de amigo anti-
guo,

Manuel Quejido